

LAS SUPERPOTENCIAS

LOS Estados Unidos y la Unión Soviética pasan actualmente por una crisis interior, pero su poder no ha declinado. La tripolaridad de que se habló con la ascensión de China necesita todavía algún tiempo.

La idea emitida recientemente por el primer ministro británico, señor Heath, ante la conferencia de la Commonwealth, reunida en Canadá, de que «la influencia de las superpotencias está declinando», no parece ser compartida por la mayoría de los observadores políticos de la situación en el mundo. Es algo que le sucede con frecuencia al señor Heath.

Eso sí, están pasando por una crisis de ajuste a las nuevas condiciones y a las nuevas relaciones, y están abocados a la construcción de un nuevo sistema que apenas se ha esbozado.

Sólo dos grandes

Las superpotencias siguen siendo dos, Estados Unidos y la URSS. La tripolaridad de que se comenzó a hablar en el momento en que China y los Estados Unidos entablaron una nueva amistad, necesita todavía algún tiempo. China está todavía en otro plano y su reconversión interior es lenta. Desde el punto de vista económico, Japón es un gran peso, pero sus condiciones geográficas propias la mantienen todavía sin incorporarse del todo a los mercados mundiales con facultad de concurrencia importante. Aún depende en mucho de las canalizaciones comerciales de los Estados Unidos, como de su fuerza militar si le fuese necesario.

En cuanto a Europa, se sabe cuál es la lentitud y la desgana con que acomete los fenómenos de unificación. Están todavía muy arraigados en sus grupos directivos los problemas de nacionalidad, diferenciación, concurrencia mutua y ansia de hegemonía, como para hablar de un federalismo. En la misma Gran Bretaña, el partido laborista de oposición está manteniendo una campaña constante de desgajamiento del Mercado Común. Bastaría una crisis europea o una fuerte crisis británica para que hubiese un salto atrás importante.

El Tercer Mundo, por su parte, no está preparado para hacer frente a la nueva situación mundial, a pesar de sus juegos diplomáticos y económicos con respecto al petróleo. El Tercer Mun-

do ha salido enormemente minado de la guerra fría y de la coexistencia pacífica. Pensemos solamente en algunos de los conflictos o de los enfrentamientos más actuales, desde las dificultades crecientes de los árabes —tras la fallida acción de Libia con respecto a Egipto—, hasta países más evolucionados política y económicamente, como todo lo que está sucediendo en el cono Sur del continente americano: las sacudidas interiores de la Argentina y de Chile, el golpe de Estado del Uruguay. Asia tardará muchos años en restañar las heridas no sólo de la inconclusa guerra de Indochina, sino de los enfrentamientos coloniales y pos-coloniales: toda la zona de India,

Pakistán, Bangla Desh, Afganistán, Irán, está en tensiones tan graves que pueden degenerar en cualquier momento en conflictos internos.

Pérdida de credibilidad

La influencia que han comenzado a perder las superpotencias es la que se refiere a la credibilidad. Los países que por cualquier razón se han mantenido en la órbita de los Estados Unidos durante todos los años que van desde la guerra mundial hasta hoy, han dejado de creer en la firmeza de los pactos, sobre todo a partir de la liquidación de Vietnam.

Han tardado demasiado. El camino de la historia reciente de los Estados Unidos está sembrado de cadáveres de aliados abandonados, de «Gobiernos fuertes», que debían constituir el cinturón de fronteras exteriores de los Estados Unidos.

Por su parte, los movimientos revolucionaristas del mundo han comenzado también a perder su fe en la Unión Soviética; para quienes recuerden la capacidad de polarización que tenía la URSS en años anteriores a la guerra mundial, en los años de la Komintern, y la esperanza que ha supuesto en la guerra fría para muchos sectores de marginados, será fácil comprender lo que supone esto en el mundo.





JUAN ALDEBARAN

Pero esta falta de credibilidad difícilmente puede reflejarse en hechos prácticos. Con su decepción a cuestas, los nuevos incrédulos carecen de mecanismos de sustitución. Se ve claramente que el propósito de Heath al hablar así a la Commonwealth es el de crear uno de esos mecanismos reforzando la institución, pero la institución está maltrecha, desgarrada y apenas es algo más que deliberante. Europa no es un mecanismo de sustitución tampoco, y sigue siendo, a pesar de todo, una gran zona de influencia norteamericana. En cuanto a los grupos revolucionaristas o las ya escasas «naciones proletarias» —en un sentido político—, cuando la URSS empezó a no representar lo que representaba, volvieron sus rostros hacia China, y ahora también se les nubla el sol. Como no hay mecanismos de sustitución y no tienen capacidad de unirse entre sí, de crear grupos multinacionales —llevan un cuarto de siglo intentándolo sin resultados—, no les queda por el momento más solución que la de continuar la dependencia. Pero sin esperanzas.

USA y URSS

Las crisis de las superpotencias son, como decíamos antes, de adaptación, de adecuación a las circunstancias que ellos mismos han creado. Son crisis interiores. La que en Estados Unidos se conoce con el nombre de Watergate, que se ha hecho ge-

nérico para toda clase de escándalos, corrupciones, faltas de ética —como en España se utilizó el nombre genérico de estraperlo para todo ello y aun para el mercado negro, derivado de Straperlo, ruleta trucada que aceptó mediante estipendio el Gobierno radical derechista de Lerroux—, es una crisis mucho más importante de lo que se suele creer, porque no sólo abarca a la Presidencia o al Presidente Nixon —si no fuese más que eso, los grupos de poder y el partido habrían prescindido ya del acusado—, sino todo el cambio de mentalidad del paso de la guerra fría a la coexistencia.

Toda la serie de acontecimientos brutales de la historia reciente —inmediata— de Estados Unidos, a partir sobre todo de la época fascista del senador McCarthy y del asesinato del Presidente Kennedy, como consecuencia posterior, los ha soporado la sociedad por la existencia de una amenaza concreta de guerra nuclear (amenaza que los propios interesados en esa forma de gobierno contribuyen a no disipar), pero ya no tienen razones de soportarlos. En torno al caso Watergate se están reuniendo una serie de opiniones, dispersas hasta ahora, y hasta combatidas y perseguidas, cuando no despreciadas por la sociedad dominante conservadora, que requieren un cambio completo de era. Una política que enlace con la original, con la de la Constitución y la declaración de independencia. El hecho de que el

escándalo haya estallado y se haya propagado, no se debe solamente a una denuncia periodística, que ha sido el desencadenante, sino a que la tensión social estaba preparada para no permitir nada más.

En la Unión Soviética sucede también un cambio de actitudes interiores. Más difícil por su propia organización estatal y la rigidez de su sociedad. Pero los signos de protesta y de represión de la protesta continúan. Últimamente, el personaje sancionado ha sido Sajarov, a quien se llama padre de la bomba atómica soviética, pero conocido en el mundo por un famoso informe en el que reclamaba la democratización del país, el regreso al comunismo de paz —la vía de Marx y la original de la revolución, antes de que fuese contraída por el comunismo de guerra como consecuencia del cerco mundial—, cuyo título era ya provocativo: «¿Sobrevivirá la URSS en 1980?». Naturalmente que no se planteaba la existencia de la URSS como nación, sino como Unión Soviética, como Estado comunista, y atribuye la posibilidad de su desaparición a la rigidez del sistema. Hay que señalar aquí que no solamente el hecho de que la represión sea relativamente suave, sino el de que estos informes, como el de Sajarov, circulen abundantemente dentro de la Unión Soviética, supone un cambio importante en la política interior. Repito también aquí que quienes recuerden lo que era la Unión Soviética en la época de Stalin,

son los que mejor pueden medir la trascendencia del cambio operado.

La guerra resolutiva

Esto nos enseña que el viejo sueño de los estadistas de practicar una política interior distinta o incluso opuesta a la política exterior, está pasando a la historia de los sueños imposibles. Quizá fueran los comunistas soviéticos, a partir de 1917, los primeros que se dieran cuenta de ello; los segundos serían los nazis de Hitler (Mussolini aún creyó durante unos años que podría hacer una política de alineación con las democracias europeas, mientras mantenía un Régimen dictatorial antidemocrático: le salió mal). Los problemas de doble personalidad terminan siempre en la demencia.

Hay una serie de frustraciones en el mundo contemporáneo que suelen atribuirse (Toynbee y su escuela) a la falta de una guerra resolutiva. Las diferenciaciones, las hostilidades, las tensiones, se elevaron al máximo en unas vísperas de guerra que no sucedió, y al no suceder, ha dejado las tensiones girando en el vacío y los problemas —no sólo los reales, sino los creados artificialmente para esas vísperas de guerra— sin resolver. Esto es verdad, sólo hasta medio camino: las guerras resolutivas nunca son realmente resolutivas, y la historia de la Humanidad nos muestra que nunca una guerra ha hecho más que engendrar la siguiente y apenas ha resuelto el problema de los vencedores: si acaso lo ha aplazado para otras generaciones. Pero como hecho real queda esta ansiedad del mundo, subyacente en todos, individuos e instituciones, arrastrando materiales innobles en la organización de las sociedades.

Las superpotencias habrán de superar esta crisis. Pero no perderán su influencia a menos de que se les haga perder. Esto es: a menos de que se creen las instituciones regionales y los conjuntos políticos y económicos que puedan zafarse de las dependencias actuales. Es de imaginar que ni la URSS ni los Estados Unidos van a permitir que sea así. El temor a que en las negociaciones internacionales de gran envergadura que están en marcha —la de Seguridad Europea, la de Reducción de Tropas, la de Desarme de Ginebra, incluso las aún no iniciadas entre Comecon y Mercado Común, como vía para entrada de la URSS en la ronda Nixon— se vean dominadas por los acuerdos privados entre la URSS y los Estados Unidos, es enormemente fuerte en Europa. ■